



DOS CARTAS.

Nuestro querido amigo el notable y autorizado escritor D. Ramon de Navarrete nos dirige la carta que van á ver nuestros lectores, acompañando la que una distinguida señora de la aristocracia le escribe, con motivo de haber recomendado nuestro amigo á la noble dama, que es dichosa y excelente madre de familia, la suscripcion á Los Niños.

Perdonen nuestros lectores si damos acaso prueba de poca modestia insertando estas cartas tan lisonjeras para el que firma y para su publicacion; pero haciendo abstraccion de los elogios inmerecidos que contienen, nos satisface mucho que se haga justicia á nuestra constancia, y sobre todo á nuestra leal y honrada intencion, y por esto publicamos las dos cartas con que hemos sido favorecidos por extremo. Todo nuestro deseo es que las madres de familia

tengan motivo de aplaudir nuestros esfuerzos y protejan esta publicacion, dedicada á los seres para ellas más queridos. Nada nos satisface tanto como estas manifestaciones de simpatía que recibimos; con ellas se nos estimula poderosamente á no desistir de la civilizadora y útil empresa en que estamos empeñados, á pesar de lo desfavorable de los tiempos y del escaso resultado material que obtenemos. Confiamos en que los tiempos mejorarán, y en que al fin se conocerá la importancia y la necesidad de esta publicacion para la infancia y la juventud.

No queremos molestar más al lector, y á continuacion publicamos las dos preciosas cartas de nuestro amigo Navarrete y de la ilustre dama que le honra con su amistad.

C. FRONTAURA.

PRIMERA.

Mi querido amigo Frontaura: ¿No ha hecho usted nunca la observacion de que las mujeres, muy superiores á nosotros en muchas cosas, nos aventajan considerablemente en el estilo epistolar? ¿No ha advertido usted que la más iliterata,—no digo la más ignorante,—posee el arte de escribir cartas llenas de ternura, de sentimiento, de interés?

Si quisiera acumular ejemplos antiguos y modernos en apoyo de mi tesis, citaria á usted las célebres cartas de Mme. de Sevigné, modelo completo y acabado en su género; las familiares de Mme. de Girardin (Delfina Gay) á Lamartine, que no ha mucho ha publicado un diario de París; las de Mme. Du Deffant, dechado de gracia y de bien decir; y otra multitud de ellas no ménos notables.

Pero no me propongo eso, ni intento más que llamar su atencion sobre la preciosa epístola adjunta, en que mi amiga la Marquesa de *** hace justicia á su excelente periódico *Los Niños*, y expone consideraciones muy oportunas sobre el influjo de su lectura sobre niños y adolescentes.

Y ya que tengo la pluma en la mano, quiero sincerarme con usted de un cargo que mi amable correspondiente me dirige:—el de no haber consagrado ni un solo artículo á *Los Niños*.

No ignora usted que desde 1868

vivo entregado en cuerpo y alma al periodismo activo; que mi colaboracion en *La Época* es frecuente y asidua; que casi lo es tanto en *La Ilustracion Española y Americana* y otras publicaciones; en fin, que no me queda tiempo, segun se dice vulgarmente, ni para rascarme.

Muchas veces he tenido intenciones de dedicar algo á los tiernos lectores á quienes usted sirve tan sano y sabroso alimento; pero una ocupacion del instante, un suceso imprevisto han venido á estorbármelo.

Aunque sea exacto aquello de que «el infierno se halla empedrado de buenas intenciones», crea usted que yo soy el que más ha perdido en no asociar á su obra, que es, en el doble sentido de la palabra, una buena obra, mi humilde nombre.

Pero, ¿qué vale éste al lado de los insignes y esclarecidos que le han prestado á usted ayuda y cooperacion? ¿Qué mayor lustre podria dar á una publicacion honrada con las firmas de los primeros literatos y poetas de España?

En cambio, y deferente á las indicaciones de la Marquesa de ***, voy á recomendar *Los Niños* á cuantas madres los tienen, seguro de que, haciéndoles un verdadero servicio, cumplo un deber de justicia y de conciencia.

Basta, pues, de mi prosa, y es fortuna la lea usted ántes que la que ahora va á leer.

Debo advertirle, para concluir, que la Marquesa es una señora «á la buena de Dios», sin pretensiones de nin-

guna especie—y ménos literarias;—y que no me perdonaria si supiera que comunico á usted sus íntimos pensamientos.

Su buen amigo y compañero,

RAMON DE NAVARRETE.

12 de Julio de 1875.

SEGUNDA.

Sr. D. Ramon de Navarrete:

Mi estimado amigo: Como á causa de sus malecillos ó de sus ocupaciones, ó de las dos cosas juntas, á usted no se le puede echar ahora la vista encima, he de acudir á mi tosca péñola para darle un millon de gracias por haberme aconsejado suscribirme á Los NIÑOS.

Prescindiendo de que yo misma paso algunos ratos dulcemente entretenida en la lectura de tan ameno é interesante periódico, que ofrece atractivo para personas de todas edades, ha sido mano de santo para mis chicos.

Aquellos cuatro diablejos que no me dejaban punto de reposo con su algazara, con sus ruidosos juegos, con sus travesuras, objeto siempre de mis temores, han cambiado completamente de índole y de carácter. Ahora son dóciles, pacíficos, tranquilos, y las horas que les dejan libres sus estudios las emplean en leer atenta y detenidamente Los NIÑOS, ú otros libros que nos piden á su padre ó á mí.

La útil y laudable publicacion de Frontaura no sólo ha producido el milagro de moderar los ímpetus guer-

rereros de Manolito y de Alfonso, sino que les ha inspirado verdadera aficion á la lectura. En cuanto á las chiquituelas que á usted le hacian tanta gracia, y que eran peores todavía que sus hermanos, se han convertido en dos corderitas, que no piensan sino en seguir los nobles ejemplos, las sanas máximas que abundan en el referido periódico.

¿Cómo usted, amigo mio, que tanto gusta de contribuir á las acciones meritorias; cómo usted que es de los pocos escritores contemporáneos que rinden siempre culto á la moral cristiana, no ha puesto su piedrecita en el monumento erigido á la educacion de la niñez, base y cimiento de toda felicidad, gérmen poderoso de virtudes y cualidades?

Algo más podria usted haber hecho: recomendar á sus muchas y buenas relaciones lo propio que á mí me recomendó: que se abonen á Los NIÑOS.

Yo soy una pobre mujer oscura y salvaje, que vive en el fondo del hogar doméstico, totalmente consagrada al cuidado de mi casa y á la crianza de mis adorados hijos. Para ellos y para mi marido sólo vivo; pero usted, cuya existencia se desliza entre la gente del gran mundo; usted podria hacer mucho en pro de la dicha y del porvenir de las familias, empleando su influjo para que adopten el medio que á mí tan buenos efectos me ha producido, y prestándoles un señalado favor.

A la Marquesa de Valmediano, á la Duquesa de Almodovar, á la de

Baena, á la Condesa de Velle, á la Duquesa de Noblejas, á la Marquesa de Alhama, á la de la Granja, á la Condesa de Torres Cabrera, á la Marquesa de Guadalest, á la de Castro-Serna, á la de Caracena, á la de Isasi, á la Condesa de Villanueva de Perales, á todas esas personas que tienen hijos, y que usted ve casi diariamente, les dispensará un señalado obsequio, si, como á mí, les indica la conveniencia de proporcionarles un recreo grato, un entretenimiento útil, un modo seguro de enderezar hácia la virtud y hácia el bien los instintos de la infancia y los sentimientos de la adolescencia.

Y perdóneme usted mi charla, amigo mio, con la cual le he robado quizás un tiempo precioso, que podría emplear de manera más conve-

niente; pero son tales mi satisfacción y mi alegría al notar la mudanza, la metamórfosis realizada entre mis pequeños, que desconfiando de verle pronto, he querido fiar al papel la expresión de mi gratitud hácia el autor de lo ocurrido.

Usted, con su modestia habitual, rechazará estos elogios, adjudicándoselos á Frontaura; pero yo le responderé con el fabulista:

Gracias al que nos trajo las gallinas.

Usted me hizo conocer LOS NIÑOS: luego á él le corresponde la gloria del resultado producido por la lectura del nunca bien ponderado periódico.

Adios, amigo mio: hasta la vista.
Suya de veras,

A. PEPITA.

8 de Julio de 1875.



EL PANTEON DEL ESCORIAL.

Habréis leído, sin duda, queridos niños, que en uno de los últimos días ha sido depositado en el panteon del Monasterio del Escorial el cadáver del infante D. Sebastian Gabriel de Borbon. Oportuno es, por lo tanto, daros una idea de lo que es dicho panteon.

Tiene éste su entrada por el tránsito de la sacristía, y está situado exactamente debajo del altar mayor, de modo que el celebrante pone los piés sobre la clave de la bóveda. Bajando 25 escalones de piedra berroqueña, se ofrece á la vista del espectador el pórtico de aquel célebre asilo. A pesar de que el local es bastante estrecho, reina la magnificencia en la forma de la puerta, de la reja de bronce dorado que la cierra y de los adornos de metal que la adornan. Es notable el escudo de armas que hay encima, que, así como las basas, capiteles y medallones, está trabajado con el mayor esmero y prolijidad: á los lados hay dos figuritas que representan la Naturaleza y la Esperanza con inscripciones alusivas. La inscripcion del centro expresa la intencion que tuvo Carlos I de fundar aquella sepultura para sí y los reyes sus sucesores; cómo su hijo Felipe II empezó ya á cumplir el mandato de su padre; cómo continuó la obra Felipe III y la concluyó Felipe IV, porque la obra del

panteon empezó en 1617 y no se acabó hasta 1654, trabajando en ella varios artistas, y entre ellos el célebre Juan Bautista Crescenci.

Pasada esta puerta se entra en la escalera principal del panteon, cuyos 34 escalones, las paredes y bóveda son de pulimentados mármoles de Tortosa y de Toledo, siendo de notar la maestría con que están combinados. Hacia la mitad de la escalera y en los planos de ella se ven las puertas de la sacristía, del panteon y de la bóveda, llamada de *Infantes*, porque allí se entierran los individuos de la familia real y las reinas que mueren sin dejar sucesion. En esta bóveda está sepultado el vencedor de Lepanto, D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos I, y el príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II; por lo demas, no ofrece cosa más notable, excepto las puertas de la escalera, que son de maderas finas.

Otra puerta con reja de bronce da paso al recinto en que se conservan los restos de los monarcas españoles. El panteon es de forma ochavada, y tiene 36 piés de diámetro por 38 de alto, no habiendo sido posible darle más altura. Alrededor y de dos en dos están colocadas 16 pilastras de orden corintio con basas y capiteles de bronce. Las pilastras son de mármol, aunque algo deterioradas por la humedad del sitio, lo que se nota

tambien en los mármoles y jaspes que adornan toda la pieza.

Todos los adornos, molduras y follajes son de bronce dorado, así como los adornos de la bóveda. Pende de ésta una grande y hermosa araña de bronce, que contribuye á iluminar aquel recinto, así como los candeleros que sostienen dos angelitos fijos en las pilastras. Entre éstas hay 26 nichos con otras tantas armas, todas iguales, de mármol, con adornos bronceados, y descansando sobre garras de leones. En las tarjetas de las urnas se leen los nombres de Carlos I, Felipe II, fundador del monasterio; Felipe III, Felipe IV, Cár-

los II, Luis I, Carlos III, Carlos IV y Fernando VII. Las urnas de los reyes están á la derecha del altar que está á la cabecera del panteon, y al lado de la izquierda están las de las reinas D.^a Isabel, D.^a Ana, doña Margarita, D.^a Isabel de Borbon, doña María Ana de Austria, D.^a María Luisa de Saboya y D.^a María Luisa de Borbon. El altar tiene dos columnas estriadas de piedra verde, y en el fondo una gran lápida de pórfido. Ocupa el centro un crucifijo de bronce, pero la cruz es de mármol negro. Los adornos, los relieves y el frontal del altar son de bronce dorado y de bellísima forma en la ejecucion.

LA REINA DE QUINCE AÑOS.

(Conclusion.)

María, aunque mujer sin corazon y reina sin clemencia, no se atrevió desde un principio á hacer morir á una jóven tan interesante. Temia la indignacion del pueblo, que desde la caida de Juana olvidaba su usurpacion y no pensaba más que en sus desgracias.

Una ocasion favorable se presentó á María para que, sin obstáculos ni temores, pudiese satisfacer los vengativos deseos que abrigaba en su pecho. Una conspiracion estalló en favor de la infeliz cautiva; pero habiéndose descubierto el complot, María, con toda razon, acusó á la prisionera de la Torre de haber provocado la sedicion, y Juana Grey fué condenada á muerte.

¡Os diré, hijos míos, que para aumentar sus angustias, ántes del dia fatal hicieron colgar de negro los muros de su prision; que todo lo que la rodeaba parecia llevar luto por la jóven víctima en su presencia? ¡Pobre reina! En medio de estos lúgubres objetos, de todos estos símbolos de muerte, parecia asistir viva á sus exequias, y sin embargo, este triste aspecto no turbaba su alma; al contrario, el dia que estuvo cierta de la proximidad de su muerte volvió la tranquilidad á su corazon, y fué la vez primera que, desde su advenimiento al trono, disfrutó un sueño exento de sustos y temores. El dia de su muerte se adornó lo mejor que pudo, como si fuese á una fiesta; su

rostro, hermoso por sí, tomó un carácter de resignacion y dulzura celestial que la embellecia más y más. Mientras que los espectadores de sus últimos momentos lloraban sus infortunios ella miraba tranquila, los aparatos de la muerte, y declaró públicamente la falta que habia cometido al subir al trono, muriendo á los diez y seis años con la sonrisa en sus labios.

Este hecho, como otros muchos más ó ménos notables que la historia de los pueblos os contará algun dia, os prueba, amiguitos míos, la inconstancia de la suerte; pero otra enseñanza debeis ademas adquirir en este suceso: aquella pobre jóven, que no hizo más que pasar por el trono,

y que, instrumento y víctima de ajena ambicion, pagó con su vida un puesto que habia ocupado contra su voluntad, os prueba cuán peligroso es salir de la esfera en que la suerte nos ha colocado y querer subir más arriba de lo que nos es dado esperar. Es preciso, cuando seais hombres, que una noble y fecunda emulacion os anime, porque la emulacion bien entendida es la madre de todas las virtudes y talentos; pero es preciso que os guardéis de insensatas y falaces ambiciones, llenas siempre de asechanzas y reveses. El que se empeña en forzar su condicion, trabaja las más de las veces en su desgracia.

J. M. BALLESTEROS.

SALOMON.

Salomon, hijo de David, nació el año 1033 ántes de Jesucristo. El profeta *Nathan* le dió el nombre de *Amado de Dios*. David, su padre, le coronó rey de Judá. Desde sus primeros años dió pruebas de gran sabiduría, y á la muerte de David ocupó el trono de Israel. Casó, algun tiempo despues, con la hija de *Faraon*, rey de Egipto, componiendo por esta época su célebre *Cántico de los Cánticos*.

Salomon rogó á Dios le diese un corazon dócil, dispuesto á escuchar y seguir los buenos consejos, y Dios, con mano pródiga, le concedió más

sabiduría que á todos los hombres y más riqueza que á todos los reyes. Su gran sabiduría la demostró en el juicio celebrado para conocer la madre de un niño que se disputaban dos mujeres.

Durante su reinado hubo la más completa paz. Mandó levantar un templo magnífico para el Señor y un palacio para él y para sus mujeres. En la construccion del primero se ocuparon 250.000 hombres durante siete años consecutivos. Fortificó y embelleció sus reinos con los muros de Jerusalem, la plaza de Mello y otras obras notabilísimas. Le paga-

ron tributo gran número de pueblos, rindiéndole homenaje los más poderosos.

El lujo de su corte, la suntuosidad de su mesa, la multitud innumerable que constituía su servidumbre, la

riqueza de sus trajes, la magnificencia de su palacio y la sabiduría de su gobierno le conquistaron un nombre célebre en todos los países.

En los últimos años de su vida manchó su fama con torpezas y li-



viandades sin cuento. Llegó á tener 700 mujeres y 300 concubinas.

Algunos santos padres creen que hizo penitencia por sus desórdenes ántes de morir, y que compuso *El Eclesiastes* para que fuese monumento eterno de su conversion. Dios, irritado, le anunció que iba á dividir su reino dando diez tribus á *Jeroboan*.

Murió Salomon el año 975 ántes de Jesucristo, á los cincuenta y ocho años de edad, habiendo reinado por espacio de cuarenta. Tres de sus obras más notables se hallan comprendidas entre los libros canónicos: *Los Proverbios*, *El Eclesiastes* y *El Cántico de los Cánticos*.

ALEJANDRO MAGNO.

Hijo de Filipo, rey de Macedonia, nació en Pella 356 años ántes de Jesucristo, el mismo día en que fué incendiado el templo de Diana. Las



diversiones de su niñez fueron todas juegos heroicos; domó al caballo *Bucéfalo*, que ningun jinete podía montar, y deseaba que hubiera reyes que le disputasen el premio para tomar parte en los juegos olímpicos. Los embajadores de Persia, admirados

de sus deseos de gloria, decían: *Este príncipe es tan grande como rico el nuestro.*

Lamentábase de las victorias de Filipo, su padre, porque de aquel modo *no le iba á dejar nada que hacer.* Sucedióle cuando contaba veinte

años, y empezó sus conquistas por la Tracia y la Iliria, y destruyó á Tébas, aunque conservando la casa y protegiendo la familia de Píndaro, honrando así al poeta sublime. Su pasión por la poesía heroica le hacía llevar siempre consigo un ejemplar de la *Iliada* de Homero. Así que Alejandro hubo acabado de someter á los griegos, acarició exclusivamente el proyecto de dominar á los persas, y para ello convocó la asamblea de las ciudades griegas en Corinto; ganó con la dulzura á los diputados, y se hizo nombrar generalísimo, partiendo á la conquista de Persia con 30.000 infantes, 5.000 caballos, una corta cantidad y víveres para un mes, elementos insignificantes para lo grande de la empresa; pero Alejandro contaba con su fortuna, el valor de sus soldados, la inteligencia de sus capitanes y la corrupción que habia debilitado á Persia. Sus cálculos no le engañaron, y despues de una marcha triunfal derrotó en Issus á Darío, haciéndole prisionero, juntamente con toda su familia, á los que trató con la bondad de un padre y la magnificencia de un rey. Ya entónces habia conquistado Alejan-

dro la Lidia, la Jonia, la Caria, la Panfilia y la Capadocia. Conquistó despues á Tiro, donde ejecutó grandes crueldades; conquistó la Judea y parte del Egipto. La jornada de Issus habia abierto á Alejandro la Fenicia y el Egipto: la victoria de Arbelas le abrió el resto de la Persia y la India, y sucesivamente se trasladó á Babilonia, Suzo y Persépolis, venciendo á Poro y haciendo de las Indias una provincia de su reino.

De regreso á Babilonia se entregó á todo género de excesos, imitando á los persas y creyéndose hijo de Júpiter; se mostraba siempre en público con los atributos de aquel dios y aspiraba á ser adorado. La disolución que habia causado la muerte de muchos de sus cortesanos apresuró la suya, que se efectuó en Babilonia 324 años ántes de Jesucristo, á los treinta y dos de edad. «*Dejo mi imperio, dijo moribundo, al más digno; pero preveo que mis funerales se celebrarán de una manera sangrienta.*»

La prediccion fué cumplida, y las ambiciones de sus generales destruyeron la unidad é importancia de Macedonia.

LOS GUSANOS DE SEDA.

(Conclusion.)

Desgraciadamente no sucedió lo mismo en la subida al bosque, pues en el tiempo que ésta duró sucumbieron cien gusanos.

Ahora bien, ¿puede achacarse tan funesto resultado á una mala direccion por parte de D. Rosendo? No, en manera alguna. Veamos,

pues, cuál fué la verdadera causa.

Los gusanos, que estaban sometidos á una celosa vigilancia por parte de Cárlos y Manuel, fueron desatendidos cierto dia en que se les presentó ocasion de entregarse á otra clase de solaz —al fin eran niños— queriendo la casualidad que lo hicieran en los momentos mismos en que tenía lugar la formacion de una nube. Cárlos y Manuel separáronse del local donde se encontraban los pequeños seres, sin tener la prevision de cerrar dos de las ventanas, que permanecian abiertas de par en par.

A su vuelta á la *magnanería* (1) hallaron muertos sobre ochenta gusanos, y cuando concluyeron de examinar todos los cañizos habian sucumbido veinte más.

Fué tan grande el sentimiento que en aquel trance experimentaron los dos hermanos, que no acertaron á tomar resolucion alguna.

Pasados algunos instantes y ya algo repuestos de la triste sorpresa, convinieron ambos en poner en conocimiento de D. Rosendo lo ocurrido. Así lo hicieron, y pocos momentos despues penetraba en el local de los gusanos el padre de los dos niños.

Este reprendió á sus hijos por la inconstancia que al abandonar á los gusanos habian demostrado, y despues de oir de los mismos las más firmes promesas de una verdadera enmienda, les dijo:

—La causa de que hayan muerto

(1) Se da el nombre de *magnanería* al local destinado á la cría del *bombyx mori* ó gusano del moral.

tantos gusanos relativamente no es otra que el cambio brusco de temperatura que aquí se ha efectuado.

En efecto; el termómetro, que ántes de la tempestad apuntaba 21 grados Reaumur, apuntaba entónces 15.

Desde este dia hasta la terminacion de los trabajos, ni un solo momento, á excepcion de las horas de comer y dormir, se apartaban de los gusanos Cárlos y Manuel, lo cual hizo que pudieran presenciar en todos sus detalles la construccion ó formacion del capullo, la salida de la mariposa y la *puesta* de semilla, que es lo último de la operacion.

De todos estos trabajos no se sabe cuál admiraba más á los hijos de don Rosendo, pues las preguntas que sobre cada uno de ellos le dirigian en sus contínuas visitas al lugar de los gusanos eran iguales en número é interes.

—Papá, yo quisiera saber la razon de por qué los gusanos necesitan subirse á las ramas de romero para formar el capullo, dijo Cárlos uno de los dias en que lo estaban fabricando.

—Categóricamente no te puedo contestar, repuso D. Rosendo, pues cuantas cosas se dicen sobre esto no pasan de ser suposiciones. Créese, sin embargo, que la razon principal consiste en el aislamiento en que necesita estar el insecto si ha de hacer bien el trabajo.

—Y ya dentro del capullo, ¿qué es lo que pasa? preguntó Manuel.

—Una vez encerrado el gusano en el capullo se trasforma en crisálida

y mariposa, que es en el estado en que vuelve á salir de su encierro; á estas trasformaciones les llama la ciencia *metamórfosis*.

—¿Y todos los insectos pasan por las mismas *metamórfosis*? preguntó Cárlos.

—No, pues hay algunos, como las moscas, por ejemplo, que no sufren trasformacion alguna durante su vida: á esta clase de insectos los conoce la ciencia por *insectos de metamórfosis incompletas*.

—¿Sabe V., papá, que creo me habia de gustar mucho el estudio de todos esos animalitos que hoy no conozco? dijo Cárlos.

—Pues dentro de un par de años, Dios mediante, ó tal vez ántes, tendrás ocasion de ver satisfecho tu gusto, puesto que supongo será tambien el de tu hermano Manuel, ¿no es verdad, Manolito? dijo D. Rosendo dirigiéndose á éste.

—Sí, señor; pero si le he de decir la verdad, me parece que otra clase de estudios me han de gustar más, repuso el menor de los dos hermanos.

Trascurridos algunos dias y cuando ya sólo se veian palomas, dijo D. Rosendo á sus hijos:

—Todas estas palomitas que veis se ocupan en proporcionarnos la semente, de la que han de nacer los gusanos en el año próximo; no las

hubierais podido admirar si en vez de semilla hubiéramos querido obtener seda.

—Pues ¿y por qué? preguntó Cárlos.

—Porque en este caso debiamos haberlas ahogado en el mismo capullo, contestó D. Rosendo.

—¿Y de qué medio nos hubiéramos valido para conseguirlo? replicó el mismo.

—Sometiendo éstos á una máxima temperatura, es decir, poniéndolos bajo la influencia de un excesivo calor; así lo harémos el año que viene.

El dia siguiente por la tarde, y cuando ya habian hecho la *puesta* todas las hembras, se recogió cuidadosamente la semilla y se guardó en un lugar fresco y falto en absoluto de humedad, dándose con esto por terminada la operacion.

Por lo dicho comprenderán nuestros lectores lo interesante que es la industria *sericícola*, lo que unido á las enseñanzas tan morales que encierra y á los considerables rendimientos que ofrece, la hacen digna de nuestro estudio desde la más tierna edad.

Desearíamos, pues, verla establecida en los colegios de primera enseñanza.

LUIS ÁLVAREZ ALVÍSTUR.





CAMILA Y TERESA.

RETRATOS INFANTILES.

SEGUNDA SERIE.

I.

LAS DOS HERMANAS.

Es muy triste la historia de estas dos hermanas.

Yo he conocido á su padre, hombre de gran posicion en Madrid, y á su madre, señora dignísima, ángel de bondad, que no pudo resistir al inmerecido infortunio, y murió hace dos años, un mes despues de haber muerto trágicamente su marido.

Era éste uno de esos señores que se llaman hombres de negocios, y los que traia entre manos debian ser tan buenos, tan productivos que le producian enormes ganancias, pues no de otro modo se explicaba la deslumbradora opulencia del padre de las dos hermanas. Un magnífico *hotel* en la Fuente Castellana, dos coches, cuatro parejas de hermosísimos caballos, diez ó doce criados, palco de abono á diario en los tres principales teatros, contínuos viajes al extranjero... todo esto no se hace sino con muchos miles de duros de renta. Don Venancio, que así se llamaba, era un hombre muy considerado en la sociedad, donde la apariencia de la riqueza deslumbra á las gentes, y su crédito llegó á ser de tal naturaleza que un papel con su firma valia todo el dinero que él quisiera. Estas fortunas improvisadas,

que deslumbran al mundo, suelen perderse en un segundo, y así le sucedió á D. Venancio. Un incidente en la Bolsa le dejó lo que se dice sin una peseta, y debiendo un dineral, mucho más de lo que valian su *hotel* y sus trenes.

D. Venancio habia adquirido con su aparente riqueza una gran soberbia y una monstruosa vanidad, y no tuvo el valor suficiente para mirar frente á frente la pobreza y asirse de la tabla salvadora del trabajo. ¡Ser pobre despues de haber asombrado al mundo con sus riquezas le parecia vergonzoso!... Y en un momento de ceguedad, D. Venancio se quitó la vida. Tan ciego estaba por la vanidad y la soberbia, que estas ruines pasiones sofocaron en su alma el sentimiento del amor paternal, y no vaciló en dejar abandonadas á una tierna esposa, y á dos hijas, la una de trece años, la otra de seis.

Las inocentes no sufrieron sólo esta desgracia; su madre, que acababa de pasar una penosa enfermedad, no pudo resistir á su desgracia, y su alma voló al cielo á aplacar el justo enojo del Juez Supremo, intercediendo por el alma perdida del que habia sido su esposo y habia terminado con un crimen su vida.

Las dos hermanas quedaron solas en el mundo, y sin recursos de ningún género. Los implacables acree-

dores de su padre les despojaron de todo, y nadie acudió á favorecerlas.

La mayor habia aprendido en la escuela de su padre, y tambien estaba poseida del demonio de la vanidad. La menor no habia tenido tiempo de adquirir esa pasion tan costosa como estéril.

Una criada anciana se compadeció de las huérfanas y las recogió cuando se les concluyeron los pocos miles de reales que pudieron salvar, y trabajó para ellas con cariñoso afán y las amó como madre. La pobre mujer cosia para las tiendas, y con el escaso producto de este trabajo, haciendo prodigios de economía, atendió á las necesidades de las dos huérfanas. Ambas querian mucho á su bienhechora; pero Camila, la menor, la queria mucho más que su hermana Teresa. Esta lloraba y se desesperaba, lamentando la pérdida de sus bienes; Camila acompañaba constantemente á la vieja, aprendia con ella á coser; todo su empeño era ayudarla y serle útil.

Un dia la vieja no pudo coser; estaba enferma. Vino un médico y le prohibió trabajar, si no queria quedarse ciega.

Pero, ¿cómo podia dejar de trabajar? Sus señoritas, como las llamaba, se moririan de hambre. La infeliz seguia cosiendo dia y noche; pero una mañana Camila fué á la cama de su protectora, asustada porque eran las diez y no se habia levantado.

—¿Estás mala? le preguntó cariñosamente.

—No, hija mia.

—Como no te levantas hoy...

—Si no es de dia...

—¡Qué no es de dia!... Pues si han dado las diez en la iglesia...

La vieja lanzó un agudo grito. Estaba ciega.

Teresa y Camila lloraron con ella tan inmerecido infortunio, pero la segunda cesó de llorar ántes que su hermana, y tomando la labor que habia terminada salió y se dirigió á la tienda adonde tantas veces habia acompañado á su bienhechora. Dijo que ésta la enviaba á buscar más labor, se la dieron y con ella volvió á casa.

Llamó á su hermana y le dijo:

— Mira, es preciso que ahora nosotras hagamos la labor que ántes hacia Manuela, porque si no Manuela y nosotras nos moriremos de hambre.

Este sublime rasgo de la tierna criatura bastó para echar por tierra en un momento la deleznable vanidad que todavía conservaba la hermana mayor, quien, abrazando á Camila, le prometió trabajar más que ella y no consentir que la vieja fuera al hospital, como pedia á gritos la desdichada, ya que sólo de estorbo, decia, habia de servir á las señoritas.

Nunca les ha faltado trabajo, y Dios las ha premiado. Todavía vive con ellas la ciega, todavía trabajan; pero ya no trabajan por necesidad, trabajan por gratitud al trabajo que les evitó ir á pedir limosna de puerta en puerta.

De América ha venido un hermano de su padre, quien al saber su desgra-

cia, les ha ofrecido servirles de padre.

Aunque están en holgada situación, ellas se hacen sus ropas, ellas cuidan de la anciana ciega y bendicen sin cesar á Dios que tanto les ha

favorecido. Teresa abomina ya la vanidad, y estoy seguro de que no la tendrá aunque se vea nuevamente colmada de bienes y riquezas.

C. FRONTAURA.

EL CIEGO Y EL PERRO.



El ciego no tiene nada que hacer, porque para eso está el perro á su lado con el sombrero en la boca. Recoge las limosnas, y en siendo hora de retirarse agita el sombrero, que es la señal, el ciego recoge los cuartos, y el perro le conduce á su casa.

Un dia un chusco quiso quitar el sombrero al perro, y éste, tan bueno y pacífico cuando no se meten con él ni con su amo, le acometió de tal suerte que todavía está corriendo el chusco despavorido.

MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESTORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.